SEMBLANZA DE ANTONIO BUERO VALLEJO

Se me piden unas cuartillas sobre Antonio Buero Vallejo para el número monográfico que le dedica ÁGORA. En seguida, como es natural, se me ocurrió tratar de su teatro. Pero caí en la cuenta de que todos incidirán sobre este aspecto. Además, yo, en mi *Teatro social en España,* dije cuanto sé de Buero Vallejo dramaturgo. Abocado, pues, a repetirme, he preferido, limpiamente, reproducir esta *semblanza,* un poco retocada, publicada en *Índice* hace unos cuantos años. Nunca le va mal un retrato literario a un número monográfico, aunque sea "segunda copia".

ESTE hombre aguileño, de tez blanca (casi papelosa), cabeza breve y andar pausado, es Antonio Buero Vallejo, el que nació en Guadalajara; el que trajo a los escenarios españoles—saturados de la dulce comedia y el divertimiento gaseoso—los acordes graves del drama.

Por ahí viene, despacioso, como el que cuenta los pasos, ligeramente alzado su perfil rococó, desafiante su nariz de espátula, pujante el agudo botón de su nuez. Siempre hay en él cierto gesto de "doloroso sentir", de no se sabe qué melancolía.

Ha entrado en el café. Sus ojos, casi dolorosamente, pasan morosa revista al salón. Titubea un punto, y al fin, enfilada su lívida nariz hacia nosotros, hacia nosotros viene lento, grave, pálido, sin energía.

Ya está sentado frente a mí. La frente despejada y pálida; el bigote, sutil y volutado, en trance de vuelo; la cabeza, reducida; el pelo, lustroso y bien adherido; la arquera nariz, ligeramente virada hacia barlovento; las manos, lacias, pálidas, casi enjalbegadas... Buero se mueve con un cierto "tempo" romántico, sin melenas y sin chalina, pero con el son de "volverán las oscuras golondrinas". Cuando algunas veces, en invierno, se abriga con capa, su acipresada tristura, entre los deshojados árboles de Recoletos, tiene aire de "¿qué más da?", de "qué tontuna de vida".

Pero este Buero, romántico cuando calla y pasea, al hablar cobra, a veces, un aire pedagógico y docente. Gran sabedor de ciencias y de artes; lector sin fatiga, de memoria sin techo, en todo género de conversación sabe aportar corolarios y sentencias muy propias. Así, llegada la coyuntura, al romper su silencio, junta las cejas, enclavija un poco la boca—un punto de prognatismo—y, apuntándonos con su dedo imperativo, remetedor de ideas, nos dice su razón. (Ese dedo indicador, con frecuencia suele divertirse en prolongados y amplios giros sobre la cabeza del propio Buero y aun ante las amenazadas narices de quien le escucha.) Y, por fin, si el chiste o el dicho son de su gusto, echa hacia atrás la cabeza y, con la boca muy abierta, lanza una carcajada desmesurada.

Pero lo que importa de verdad es que este Antonio Buero Vallejo, natural de Guadalajara, que empezó pintando y acabó escribiendo; que este Buero, mezcla de romántico y pedagogo, es un alma de Dios. Debajo de esa piel lechosa y lívida, tras ese gesto melancólico y evasivo, hay un corazón hinchado de hombría, de pureza, de bondad. Un corazón sencillote y mélico, que a veces parece celado con tupidos velos cartesianos.

Para el espectador superficial, el teatro de Buero parece demasiado hecho, sudorosamente construído, exacto como un chisme mecánico. Y la verdad es que no hay tal sudor ni tal empeño artesano. Lo que ocurre es que a Buero, naturalmente, sin el esfuerzo que aparenta, le salen así de redondas y perfectas sus comedias. Sus espontaneidades e incluso improvisaciones son así de acabadas e intocables.

Su corazón y su cabeza son tan siameses, que andan siempre de acuerdo, y se alternan para dejarse mutuamente la delantera o la zaga cuando lo requiere la fábula.

Si decimos que Buero y su teatro son cifra máxima de honradez y responsabilidad, habremos, creo yo, conseguido su más exigente caracterización. En un tiempo como el nuestro, tan propenso a la mixtificación y el arribismo, consuela y alienta la presencia en el teatro de un autor así.

Buero, gran amador de los humildes, de los encogidos, de los pobres de espíritu, de los perseguidos por la vida y las injusticias de los hombres, ha logrado un teatro de robusto fondo moral, lleno de piedad y comprensión para esos dramas silentes, dramas de los humildes en los que nadie repara. De sus ambientes amargos—tan amargos como la vida misma—, de sus personajes truncados—truncados como todo mortal—, se desprende siempre un tácito rayo de consuelo, de esperanza, de amor. Consuelo, esperanza y amor, reales, auténticos, viriles. Nacidos de las dolorosas cicatrizaciones, como nacen siempre las esperanzas y el consuelo de los hombres de carne y hueso. Lejos de él, el fariseísmo irresponsable, las esperanzas prefabricadas, artificiales, amadamadas..., inmorales, por falsas.

Me atrevo a afirmar que Buero es el más españolista y castizo de nuestros dramaturgos de hoy. Ha vuelto a incorporar a los repertorios teatrales la auténtica vida española. Al fundir lo popular—el odre viejo—con la nueva técnica y sensibilidad del menor teatro mundial—vino nuevo—, ha logrado la fórmula que siempre sancionó las mayores innovaciones y aciertos de nuestra historia literaria. Como los mejores representantes de nuestras letras, supo ayuntar la norma del día con nuestros hombres de siempre, con nuestros problemas eternos. Y calzó el sainete con el alto coturno de la tragedia moderna.

Son casi las tres de la tarde. Antonio Buero Vallejo se va del café. Se va lentamente, cantandillo en voz baja una irreconocible melodía. Se va con su aire melancólico, un poco desmayado, de romántico sin melena.

Su pálida y arquera nariz recibe el vientecillo de Recoletos. Husmea un taxi vacío. Lo toma. Y con la cabeza apoyada en el respaldo, rumia una escena en cierta terraza de una casa de vecindad, casi de vecindad de pobres, pero también de dramas, de alegrías y de esperanzas auténticas.

FRANCISCO GARCÍA PAVÓN